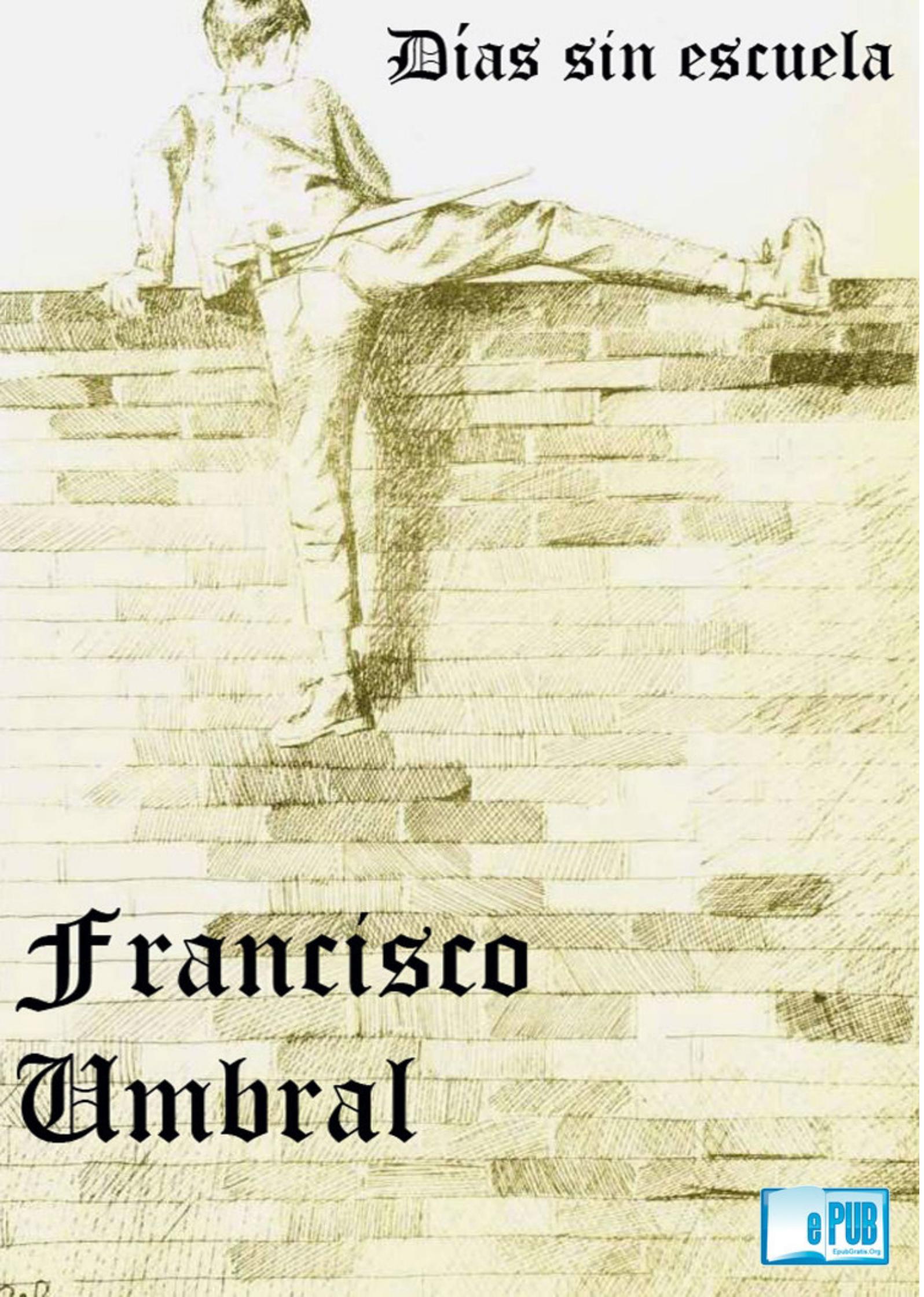


Días sin escuela



Francisco
Umbral

He aquí una sorprendente novelita, «Días sin escuela», del escritor y articulista Francisco Umbral. «Se creía que Umbral, en León, además de las columnas en el “Diario” y aquella famosa “Crónica de las tabernas leonesas” en la revista de la Casa de León en Madrid, no había escrito nada más –explica el propietario de La Trastienda, Moncho Llamazares–, pero aquí está la prueba de lo contrario». De hecho, esta novela de juventud comienza con el recuerdo de un juguete, una espada de madera que era la «más valiosa de todo el Reino de León».



Francisco Umbral

Días sin escuela

ePub r1.0
Titivillus 21.11.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Días sin escuela*
Francisco Umbral, 1965
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

LO que deseo decir es que yo tenía una espada de madera y quizá aquella fue la última espada del Reino de León. Habíamos llegado a la ciudad en una tarde de calor, en un tren de tercera, por la llanura castellana, hasta que las orillas del paisaje fueron poniéndose verdes, al llegar a la provincia. Cerca ya de la capital, había chopos y álamos en inesperadas formaciones, afilados, cortando la rica brisa del verano en largas rebanadas que entraban por las ventanillas del tren y nos daban en la cara y en el flequillo al otro chico y a mí.

—¿Tú también te apeas aquí?

—Lo que digan mis padres.

No volví a verle el pelo. Era una tarde caliente, como digo, y yo todavía no tenía mi espada de madera, que luego iba a dar mucha guerra por las calles y los solares de la ciudad. Hablo de la posguerra, de niños y días sin escuela, de una capital que iba creciendo y haciéndose en sus hormigones y sus hormigueros humanos, sin que nosotros, atareados en nuestras batallas de palo y pedrada, nos diésemos cuenta de nada. Pero qué rica brisa la de los regatos y los chopos, según llegábamos. Luego, con el tiempo, he respirado otra vez ese algo salobre y purificador que tiene siempre, de noche o de día, la llegada del tren a la ciudad. De madrugada, la luna anda saltando de árbol en árbol, como una lechuga blanca, a medida que el tren avanza, da vueltas y revueltas, y en cuanto uno sale de la estación, ya están los pájaros, si es verano, en todos los árboles, haciendo una fiesta en cada copa verde. De modo que como era el mes de julio, me parece, y el “Portu” nos había llevado los baúles hasta el piso donde convalecía mamá, me estuve en el portal, mirando para la calle, hacia el tenderete del tío de los helados, que lo tenía todo pintado de blanco, como esos coches pequeños de entierro en los que llevan al cementerio a los niños recién nacidos o que nacen ya muertos. Pero no pensaba yo en esas cosas mientras miraba para el puesto de los helados y para la niña que estaba tomándose un polo de limón por allí cerca, sino en que tenía una sed de miedo y me hubiera gustado pedirle a la niña que me dejase chupar un poquito el polo, porque al tipo no lo conocía de nada como para pensar en que me diese un helado al corte fiado, pues ya está dicho que yo acababa de llegar a la ciudad y uno tarda en hacer amistad con esos señores del gorrito blanco de marinero, pero que no son marineros, sino que venden helados, por el verano, a la puerta de los colegios y en los parques infantiles.

—Gracias, señoritu.

El “Portu” puede que fuese gallego. Metía muchas úes en la conversación. Había dicho “gracias, señoritu”, y se había largado limpiándose el sudor. Mamá convalecía en una habitación que estaba siempre muy ventilada, pues tenían el balcón abierto de par en par, y se ponía el termómetro por la mañana y por la tarde, y no me dejaron que me acercase a darle un beso, aunque hacía tanto tiempo que no la vela, porque decían que contagiaba. Así que busque entre las maletas mi pelota de goma, que la había venido botando durante el viaje, en el pasillo del tren, y que era maciza y también servía para pegarle a un tipo en el cogote, cuando, de pasada y como sin querer, te daba lique, patada y culada. Estuve botando la pelota en el portal, y luego en mitad de la calle, que era una calle que olía a sal y a esparto y a colegio, pues enfrente de nuestra casa estaba el convento de los Agustinos, a donde yo creía que me iban a llevar para seguir aprendiendo cuentas y lo de los ríos, que aún no me lo sabía.

—El que pasa por esta ciudad es el Bernesga.

A mí no me importaba nada que por aquella ciudad pasase el Bernesga, porque lo que yo quería era un polo de limón o un helado al corte o algo que estuviese fresquito, y no el agua de la cocina de aquella casa nueva y desconocida, que me sabía a agua de fregar; y es que lo que más se nota cuando cambia uno de sitio es el agua, que parece una cosa tan tonta y, sin embargo, en cada sitio sabe de una forma y te pone la lengua gorda o la lengua suavcita, y te quita la sed o no te la quita, según. No podía yo saber

que me esperaban hermosas aventuras, con mi espada al cinto o empuñada, con mi heroica espada de madera en ristre, por las orillas de aquel río e incluso en medio de la corriente, que según me dijeron después no era nada profunda y se podía cruzar pisando por las piedras.

—Que se me ha encajado la pelota donde los frailes.

La pelota de goma maciza se me había encajado en una especie de reborde que tenía por arriba la puerta de los frailes. Se lo dije a un señor que pasaba y en seguida vino otro con una escalera de mano y se subieron a por mi pelota, y la niña del polo de limón, que ya se había acabado de tomar el polo de limón, me miraba con envidia, pues estaba muy aburrida y ya no sabía qué hacer sin polo de limón y seguramente el agua del polo le estaba haciendo mal en la tripita.

—¿Jugamos?

—No, que se encaja.

Y me largué con mi pelota, como está mandado. Digo que la calle olía a sal y a esparto, y todavía debe seguir oliendo así, con lo que ha llovido desde entonces, y mamá convalecía en una habitación con mucho aire y mucho sol y un armario de luna a donde yo me miraba y me veía muy pequeño, porque nunca hasta entonces me había visto de cuerpo entero en un armario de luna, y yo me asomaba al balcón y veía el patio de los frailes, que estaba ahora solitario y era un gran triángulo de cemento con unas escaleritas al fondo, para entrar al edificio, todo él de ladrillo y con muchas ventanas. Las que daban enfrente de nuestra casa, es decir, las de la fachada, correspondían a las celdas de algunos de los frailes, los más importantes, quizás, y pronto supe que uno de ellos se llamaba el padre Felipe, porque en casa siempre estaban diciendo “hoy tiene muy cerrado el padre Felipe”, “hoy tiene muy abierto el padre Felipe”, y cosas así. La dueña de la casa se llamaba doña Patro y tenía una hija que era rubia y la otra que era tonta. La rubia se llamaba Felisa y la otra puede que se llamase Zoila. Comíamos en un comedor-galería con un viajante de comercio y un estudiante de Orense y una señora que se llamaba Eva y era blanca y rubia y tenía una hija de mi misma edad, de la que yo me debía estar enamorando locamente, supongo, porque todavía, con lo que ha llovido, recuerdo el olor de su vestido azul, que olía precisamente a eso, a vestido azul, como recuerdo la sal y el esparto que impregnaban con su aroma la calle del colegio de los frailes, en la que también había unas cocheras de las que entraban y salían coches de línea con gentes llenas de paquetes y aldeanos que se ponían muy nerviosos al momento de las despedidas.

—¿Y usted sabe bien las combinaciones que tengo yo esta noche para llegar a Lugo?

—Eso se lo voy a decir a usted ahora mismo.

—Las plantas hay que regarlas sin que les rocen en las hojitas las puntas de los dedos.

—¿Y eso? —le preguntaba yo a Felisa, que andaba de un lado para otro, alta y rubia, un poco bruja, con su larga bata de flores, regando los tiestos de la galería.

—Chúpate un dedo.

Yo me chupaba un dedo.

—¿No sabe salado?

—Debe ser porque está sucio.

—No. La piel siempre sabe salada. Y ese salado es lo que mata a las plantas.

—Ah.

El viajante ferroviario sabía mucho de empalmes de trenes, de transbordos y de retrasos, que en aquella época había muchos, pues ya digo que era la posguerra. Yo no pensaba dedicarme nunca a regar las plantas de nadie, ni siquiera las mías, que ni las tema ni las tengo, y no por desamor a las flores, sino sencillamente porque prefiero los animales —el gato, es un suponer—, que hacen más compañía y además no hay que regarles ni se ponen malos con el saladito de los dedos di uno. Pero me gustaba que Felisa me explicase aquellas cosas. O me gustaba, sencillamente, que me tomase

alguien en serio y se olvidase de lo pequeño que yo era y, sin saberlo, me hiciese olvidar lo pequeño que me veía en el armario de luna del cuarto de mamá; y esto, quizá, porque aún no tenía mi espada de madera, que con la espada de madera al cinto hubiese sido otra cosa.

—Ahora hay mucho movimiento de personal en los trenes.

—Los veraneos, ya se sabe.

Así pasaba la comida.

En Sevilla hay una casa
y en la casa una ventana
y en la ventana una niña
que en el río se miraba.

También se cantaba por entonces “Ana María, la fea”, y otras cosas así. Zoila, la hija tonta de doña Patro, se pasaba las tardes en la cocina, lavando ropa, dándole a la ropa de los huéspedes con sus manos grandes y sus brazos blancos, remangados hasta el codo. Y cantaba incansablemente eso de que en Sevilla hay una casa y en la casa una ventana y en la ventana una niña y venga y dale y otra vez y una lejana radio le respondía y le daba la réplica, como si fuese el eco, por encima de los tejados y los patios, por encima de las huertas y los huertos.

Algunas tardes, mi madre tenía una decimilla más alta que de costumbre. Mamá iba anotando todas estas cosas de las decimillas y los esputos y los glóbulos rojos y los glóbulos blancos en unas libretitas cuadrículadas que se había hecho ella misma, con su letra clara y sus números tan hermosos, y doña Patro iba y venía por el pasillo con la sopera en la mano, mientras yo miraba el gran triángulo de cemento del patio de los frailes, y me decía que allí dentro se podía jugar a muchas cosas, y luego entraba dentro de la habitación para recortar los recortables que me habían comprado, mientras mi abuela me iba preguntando el catecismo y mamá me miraba y no me besaba, yo no sabía bien por qué, y todos andábamos por la casa como un poco febriles con la decimilla de mamá.

En Sevilla hay una casa
y en la casa una ventana...

Era la canción del verano del año cuarenta y tantos. Cuarenta y muy poco. Zoila cantaba mucho aquella canción. La otra era la hermana señorita y solamente regaba las macetas. Tema dos pretendientes, pero ninguno de los dos se hizo gran amigo mío, porque la verdad es que yo apenas hacía amistad con las personas mayores, que siempre me estaban preguntando cosas y a lo mejor se enteraban de lo flojo que estaba en catecismo. Como el estudiante gallego, que se empeñaba en que yo me aprendiese las cuatro provincias de su región.

—La Coruña, Vigo, Orense y Pontevedra.

—¡Que no es Vigo, Carayo! Vamos a ver.

Y volvíamos a empezar.

—La Coruña.

—La Coruña.

—Lugo.

—Lugo.

—Orense.

—Orense.

—Y Pontevedra.

—Y Pontevedra.

—Eso es. A ver tú.

—La Coruña, Vigo, Orense y Pontevedra.

—¡Carayu de chicu!

El estudiante también metía muchas úes en la conversación, como el “Portu”, el que

nos trajo el baúl desde la estación, el día que llegamos, aquella tarde calurosa de verano, y mi abuela o mi tía le dieron una peseta; me parece que una peseta, nada menos que una peseta, de propina, o sea, como él decía, “la voluntad”. Pero el “Portu” se había ido saludando con la gorra y limpiándose con ella el sudor, y yo me habría olvidado para siempre de que los gallegos y los portugueses hablan con la “u”, como los catalanes, por ejemplo, hablan con la “e”, y los andaluces con la “o”, sin que por eso pase nada ni dejemos de entendernos los unos con los otros, que lo de la confusión de las lenguas no debe de ir con un país tan católico como el nuestro. Sí, me habría olvidado del “Portu” y de sus úes si no estuviera allí el estudiante de Orense —me parece que era de Orense— para recordármelo y para tomarme la lección de las cuatro provincias gallegas: La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra. Luego me he enterado de que, con el tiempo, Vigo se está haciendo tan importante como las otras capitales, o más, de modo que no iba yo completamente descaminado al colocar este nombre de matute en la lista que le recitaba al gallego. Pero el médico venía de vez en cuando y tenía las sienas plateadas y le tomaba el pulso a mamá o le ponía una mano en la frente o miraba el termómetro al trasluz, sin dejar de hablar de otra cosa, y el pretendiente formal de Felisa o la Felisa o la señorita Felisa venía por las tardes y se estaba con ella dándole de vez en cuando un caramelo que aquella bruja rubia arrojaba, mimosa, al suelo, de donde yo los cogía y me los iba comiendo, hasta que acababa empalagado de caramelos y de ver a aquellas dos personas mayores haciendo tantas tonterías.

El otro novio de la señorita Felisa era ebanista, obrero manual, vamos, y vestía mono azul o mono caqui, según las épocas, que es el uniforme del oficio. El ebanista se llamaba Pepe y tenía el pelo negro y rizado y también un fino bigote negro. Con sus ojos fijos de asesino y su esqueleto sacándole picos al mono por todas partes —“Pepe ha estado en la guerra y pasó muchas penalidades”—, el tipo me daba cierto miedo y no acababa de caerme en gracia, porque ni le llevaba caramelos a la señorita Felisa, para que yo pudiera comérmelos, ni nada.



Pero, como era ebanista fino, mamá le había encargado una caja de caoba, que por cierto quedó muy bonita con sus figuras talladas, unos personajes que sólo tenían cabeza y cola, una gran cabeza de guerrero con barbas y una enroscada cola de dragón, caja que mamá no acababa nunca de pagarle, porque era un capricho que había tenido, pero en la familia andábamos mal de dinero y con tantas enfermedades y tantos gastos no estaban las cosas para gastarse los cuartos en ebanistas. De modo que el tipo entraba de vez en cuando en el cuarto de mamá, empujado por la señorita Felisa, que estaba más bruja que nunca y decía “con permiso”, y luego: “Que a ver cuando vamos a ir pagando la caja, que es un trabajo fino y lo vale”. En estos casos, todos estábamos en tomo al lecho de mamá, como para defenderla de las iras del ebanista, que a lo mejor quería asesinarla, pues tenía, como digo, unos ojos muy fijos de asesino. La abuela y la tía se ponían muy nerviosas, pero mamá le hablaba pausadamente y con unas cuantas palabras le dejaba convencido y un poco avergonzado y el tipo retrocedía hacia el pasillo diciendo que perdón por la molestia.

—Lo que hace falta es que la enferma mejore y que todo se arregle, que lo demás puede esperar.

Él mismo se fabricaba esta respuesta condescendiente, porque a lo mejor no era un asesino, sino solamente un pobre hombre, un ebanista que había estado en la guerra y ahora vivía de tallar el ébano y la caoba. La señorita Felisa debía estar muy enamorada de él, mucho más que del otro, del marinero, aunque éste era mejor partido sin duda.

En Sevilla hay una casa
y en la casa una ventana...

—A ver, las cuatro provincias.

Se suponía que el estudiante de Orense me preguntaba por las cuatro provincias gallegas.

—La Coruña, Vigo, Orense y Pontevedra.

—¡Carayu de chicu!

La verdad es que no sé por qué se ponía así, pues, al fin y al cabo, la provincia que yo me comía no era la suya, sino Lugo, y no creo que a él se le hubiese perdido nada en Lugo. Doña Eva andaba frescachona por la casa y a su niña y a mí nos enviaban alguna vez a pasear por la ciudad cogidos de la mano.

—Anda, para que le enseñes lo hermosa que es la ciudad a este niño, que es de fuera. Ya digo que a lo mejor yo estaba enamorado de la hija de doña Eva, porque todavía puedo recordar el olor a vestido azul de su vestido azul, e incluso puede ser que por amor consiguiera yo permiso para ir unos días al colegio de aquella niña, cogido de su mano. Era un colegio confuso y ruidoso donde los niños cantaban la tabla de multiplicar mientras las niñas, en la habitación de al lado, igualmente pequeña y oscura que la nuestra, cantaban la Salve o hacían las Flores a María, que nosotros también habíamos de hacer, pero por separado. Y en la pizarra había un dictado escrito con tiza que yo tenía que copiar en el cuaderno, como los demás chicos, pero no entendía ni palabra y lo iba copiando letra por letra, como si fuese un dibujo. Mi amiga llevaba al colegio su sillita de paja y la otra mano me la daba a mí. Un día la esperé inútilmente a la salida de la escuela, como tema por costumbre, en una plazuela con acacias y bancos de cemento, pero ella no salió, y yo estuve mucho tiempo dando vueltas por allí y orinando arrimado a los árboles. La niña debía haberse escapado con otras niñas, quizá porque le aburría mi compañía, y yo me dije que no iba a regresar solo a casa, o quizá fuera que tenía miedo perderme. Pero de la escuela primaria se sale a las cinco de la tarde y un niño que de pronto se ha quedado sin novia tiene por delante muchas horas de sol y tristeza y se niega a regresar a casa porque sabe que ella no reaparecerá hasta la hora de cenar, del brazo de su mamá, y uno no tiene ganas de hacer los deberes ni sabe hacerlos ni ha sabido nunca, sino que anda por una ciudad que no es la suya, bebiendo en las fuentes públicas, con miedo y con deseo de perderse o de que se lo lleven los guardias de la porra a un calabozo hasta que alguien de su familia vaya a buscarle.

—¿Qué río es el que pasa por esta ciudad?

—El río.

—Pero todos los ríos tienen un nombre.

—¿Y éste cómo se llama?

—Eso es lo que tú debieras saber, mocosito.

—Este río no viene en la Geografía.

—Cómo que no viene en la Geografía. Es el Bernesga.

—Ah.

El niño que se queda sin novia tiene la primera tarde de hombre de su vida y arroja piedras al río, desde la orilla, y escupe de vez en cuando con asco, como ha visto escupir a los hombres cuando alguien les hace una injusticia, y a lo mejor se sienta en una piedra a llorar mientras el sol del verano oreá los altos chopos y las parejas de novios empiezan a llegar al paseo de La Condesa y a Papalaguinda y a mamá le sube un poquito la temperatura —sólo una décima más que ayer— y en algún sitio le espera al futuro capitán de los prados y los solares una espada de madera que es o ha sido o fue o será o va a ser alguna vez para él, para alguien, algo así como la última espada del antiguo e histórico y guerrero Reyno de León.

Lo que más siento es no recordar cómo ni cuándo me hice con mi espada de madera,

ni si me la había fabricado yo o la había encontrado hecha, por el contrario. Pero una noche sobran entradas para el cine y me llevaron con los mayores a ver “Las perlas de la corona”, una película muy preciosa, de guerreros y princesas, donde la gente se batía constantemente y las espadas hacían un ruido de cazuelas que llegaba a enardecerme. Me metí en la cama a unas horas que jamás había vivido despierto y estuve mucho rato dando vueltas en mi estrecho colchón y repitiéndome mentalmente las aventuras de “Las perlas de la corona”; toda la película volvía a pasar por dentro de mi cabeza en pedazos sueltos, como luego he sabido que andan los rollos de celuloide cuando los operadores están haciendo el montaje.

Aquella emocionante película me hizo odiar “El famoso Carballeira” y otras películas así, españolas, que el estudiante gallego había visto una vez y nos contaba casi todas las noches, antes de hacer su difícil ejercicio de sacar una servilleta de debajo de una botella sin tocar la botella, pero dando en la mesa unos desagradables puñetazos que coincidían con un tironcito a la servilleta y hacían temblar toda la vajilla. Creo que a doña Patro no le divertía nada el juego del estudiante, que ponía en peligro sus honradas porcelanas, pero no se atrevía a decirle nada por discreción y porque el estudiante, a aquellas horas de la noche, solía andar bebido y lo mismo le daba por poner los pies encima de la mesa para mostrarnos los finos zapatos de puntera cuadrada que acababa de comprarse, y que era como se llevaban entonces. Todo lo cual me sabe ahora, si lo paladeo, al azúcar moreno y hormigueante de la posguerra, al pan de salvaos, oscuro y sabroso, al chocolate en polvo que nunca llegaba a licuarse completamente en el agua y había que tomárselo en pequeñas y atragantantes islitas que emergían de un líquido sucio, porque los olores y los sabores —bueno, y alguna cancioncilla que otra, como la de que en Sevilla hay una casa y en la casa una ventana, etcétera— son lo único que a la criatura humana le queda de su larga o corta vida, de su lejana o inmediata existencia, del verano pasado o de la fría posguerra en una ciudad que se iba haciendo grande y hermosa y limpia sin que yo pudiera saberlo por entonces, pues sólo vivía la vida cenicienta y mezclada de aquella casa y la aventura de las calles, que empezó siendo algo tímido y casual y acabaría en una hermosa epopeya: olores y sabores, una musiquilla, recuerdos, digo, apenas los elementos imprescindibles para componer una canción muy corta y más bien mediocre, es lo que le queda al hombre cuando hace recuento de tanta vida y tanta muerte, y lo que cree que es un libro muy gordo y por escribir —su existencia—, no es sino un breve cuplé que, por otra parte, da igual no escribirlo, pues se parece en la letra a todos los demás cuplés que a los hombres les canta en el corazón o en la memoria y, por si fuera poco, seguramente tiene peor música, pues ya es sabido —y si no es sabido lo explico aquí, ahora, para que quede constancia— que uno tiene mal oído y se las ve y se las desea para entonar cuatro notas como es debido.

—Toma treinta céntimos y cómprate cromos.

Por treinta céntimos podía comprarse un sobre de cromos de futbolistas en el kiosko de la plaza de Santo Domingo, esquina a Ordoño, y como la cosa había ido bien y yo me había sabido la lección y el catecismo iba ya muy adelantado y los recortables empezaban a aburrirme, aquellos treinta céntimos me iniciaron en el paraíso artificial de los cromos de futbolistas con sus camisetas a rayas de colores, que en el cromo habían salido un poco cambiadas y se pasaba el color de una lista al de la otra. El paraíso artificial de los tebeos vendría luego o había llegado antes, mas ahora recuerdo aquella casa de al lado, una de las primeras casas que levantaron después de la guerra, con su estructura de gordos bloques y su cemento pintado por encima, cuya escalera subía yo con un parchís debajo del brazo, a jugar una partida o muchas partidas a casa de aquellos hermanos rubiascos y ratoniles que me hacían trampas y me dejaban tebeos que yo me llevaba a mi casa para leerlos más a gusto y más despacio, y puede que, incluso, para apredérmelos de memoria.

Así estaban las cosas cuando, una tarde, nos encontramos varios chicos solos reunidos en la cocina de aquella casa. Los padres de mis amigos —los hermanos rubiascos y ratoniles— habían salido de compras, de modo que organizamos una batalla importante sobre los muebles de nogalina y las alfombras, y nunca más pensamos en subir por allí ni ponemos delante de los padres de aquellos chicos. Soy un niño que compra un sobre de cromos por treinta céntimos. Treinta céntimos temblorosos en mi mano que tiembla y una manada de lobos sin escuela en tomo mío, para gritar el nombre de los futbolistas que iban apareciendo dentro del sobre. Acabaron quitándomelos y huyendo con ellos. Me lo temía. Sabía que iba a ocurrir. Se lo dije al guardia. Soy un niño tembloroso que llora la pérdida de una niña a la orilla del Bernesga y no tiene aún su espada de madera para ir en busca de la noviecita del vestido azul o para vengarse de los lobos sin escuela que roban y coleccionan cromos de futbolistas y codician especialmente los nombres y las caras de los jugadores del Atlético de Aviación, con su escudo —que debía ser un balón con dos alitas— a un lado del pecho.

La guerra en casa de mis vecinos rubiascos y ratoniles acabó con las partidas de parchís, que eran una diversión de niño de antes de la guerra, e inició la era de las calles, el reinado de los solares, el delfinado del asfalto y los escombros.

Es muy hermoso pensar que en Sevilla haya una casa y en la casa una ventana y en la ventana una niña que en el río se miraba, y hasta cabe imaginar que aupándose un poco por la ventana de la cocina va uno a ver a la niña, al otro lado de la Península Ibérica, hacia abajo, asomada a su ventanita. Pero el guerrero de las calles nunca acabará de aprenderse las cuatro provincias de la región gallega. Los lobos de Santo Domingo huyeron con mis cromos, con mis treinta céntimos calientes de la mano de la abuela, y de mi propia mano, que los habían empuñado desde casa hasta la plaza. Ay, ay, ay, ay, cómo se la lleva el río, ayayayay niña de mi corazón. El guardia de la porra tenía un casco blanco y quizá también una guerrera blanca, pues para eso era verano, y puede que incluso tuviera una porra blanca, pero dijo algunas vaguedades y que si yo conocía a aquellos chicos y que si yo no iba a la escuela, de modo que fue la primera vez y quizá la última que un niño o un hombre acudía a los poderes oficiales, a la fuerza de la ley, a la justicia y las instituciones, para pedir ayuda, y no es que el niño no creyera por entonces en la infalibilidad de los guardias, en la cual está volviendo a creer de nuevo, al cabo del tiempo, sino que había una copla que se lo llevaba todo y hacía a la gente cruel y desentendida, porque estábamos ya en paz y de lo que se trataba era de consolarse de que a la niña se la llevara el río —el Guadalquivir, supongo, puesto que la copla no lo especificaba y ya que se trata de Sevilla—, de consolarse, digo, con un matarile-rilerón entre decepcionado y guasoncete.

—¿Es tuya la espada?

—No va a ser tuya.

—¿Y dónde la guardas?

No le iba yo a decir al tipo dónde guardaba mi espada. La espada de madera había aparecido en mi vida como apareció una espada, supongo, más o menos, en la vida de Juana de Arco. Nunca supe ni sabré de qué manera. Pero yo no podía subir a casa con aquello, de modo que la guardaba en un canalón, que era así como su panoplia o su vaina de hierro. El canalón estaba en una calle estrecha, en un callejón que se retorcía entre traseras y tapias de ladrillo. Allí iba yo a tomar y dejar mi espada cuando nadie podía verme. Con ella había cortado las ligaduras que me retenían en la triste cocina de la casa, tomando chocolate en polvo y oyendo cantar a Zoila, la hija tonta de doña Patro, mientras lavaba la ropa, y las ligaduras que me retenían en la mesa, después de la comida o de la cena, viendo al estudiante gallego hacer sus juegos de manos, respirando su eructo a vino o aprendiendo bajo su amenaza geografía gallega.

—Es una espada de madera.

—No iba a ser de verdad, mira éste.

Incluso las dulces ligaduras de fiebre y misterio que me retenían junto al lecho de mamá las había cortado yo con aquella espada que para muchos debía ser invisible. Mamá bogaba en aquel lecho hacia la muerte o hacia la vida y un hombre con una espada olvida pronto el catecismo y las bienaventuranzas y las obras de misericordia, como olvida los recortables, que son un juego de chicas, e incluso olvida a la noviecita del vestido azul, que ni era noviecita ni era nada, y se echa a las calles con piedras a vivir una vida de tebeo.

Empecé teniendo no solamente espada sino también cabalgadura: el burro del lechero, un burro negro que esperaba pacientemente las subidas y bajadas de su dueño por todas las escaleras del vecindario. Me ayudaron otros chicos a subir al burro y paseé con él por la calle, haciéndome daño en las rodillas con la dureza de los cántaros de leche, que sonaba dentro de éstos como una protesta por mi aventura.

El lechero, un tipo con blusón y boina, me perseguía por las calles navaja en mano e incluso subió detrás de mí la escalera de casa, dispuesto a rajarme de arriba a abajo. Abrieron la puerta a tiempo, pero nunca he sentido tan cerca y tan de refilón la cuchillada del miedo.

Soy un niño que roba burros a los lecheros y se pelea con una espada de madera y recita de modo cada vez más confuso las obras de misericordia, mientras la ciudad se llena de aviadores y de convalecientes y de madres enfermas como la mía, de gentes lluviosas que fuman mucho y pueblan los cafés de la calle de Ordoño. Soy un niño que busca todavía a los ladrones de cromos del kiosko de Santo Domingo y le tira piedras al río heraclitano de la vida cuando ese hueco femenino que deja la ausencia de ella, de ellas, vuelve a hacerse angustioso al lado derecho, si es que lleva la espada ceñida al lado izquierdo, o viceversa. En la caja que talló Pepe, el ebanista moreno, el gran amor imposible y asténico de la señorita Felisa, están las cartas de mamá, con su hermosa letra de muerta, y también hay esquelas, algunas esquelas, y recordatorios y cuadernos de cuentas y alguna fotografía de algún pariente que el tiempo ha ido haciendo lejano. Pero era la época de los gasógenos, con lo que resultaba muy fácil subirse a la trasera de los coches y viajar montado en aquel armatoste sin que a uno le viera el conductor. Había que tirarse en marcha cuando llegábamos a un guardia. Pero si cogías el coche en Guzmán el Bueno, podías, con un poco de suerte, recorrerte la calle de Ordoño II tan ricamente montado en el gasógeno, hasta que el coche llegaba a Santo Domingo, donde siempre había algún guardia, o a San Marcelo, que era ya zona peligrosísima: nada menos que el Ayuntamiento, con los calabozos de la guardia municipal. Hablo de una alegre carrera por las calles vertiginosas que bajan a la plaza Mayor, para beber agua en el caño gordo que hay en una esquina. Hablo de los estropicios y las correrías por esta plaza en día de mercado, o por la plaza del Grano, hablo de aquel niño con espada de madera y de los dos hermanos rubiascos y ratoniles con quienes tanto había jugado al parchís y de un chico pecoso que no sé de dónde salió y de otros dos hermanos, uno mucho más alto que el otro, los dos con cara de hambre —“Han pasado la guerra en zona roja”— y de toda la banda que yo de algún modo y sin saberlo capitaneaba.

Una tarde les llevé a alborotar por las ventanas de la escuela adonde yo había acudido de la mano de la niña del vestidito azul, la hija de doña Eva. Era una extraña venganza. Gritamos y echamos piedras y papeles dentro del colegio. Quizá fueron varias tardes. A todo hombre, sobre todo si tiene una espada, le llega alguna vez en la vida la gran tarde de su venganza, el crepúsculo rojo de su revancha total y maldita. Los niños estaban asustados y las maestras debieron avisar a los guardias. Sólo nos pillaron a mí y a otro.

—Cómo te llamas.

—Dónde vives.

—A qué escuela vas.

—Dónde has nacido.

—Quién es tu familia.

Nos llevaron de una oreja a las oficinas de la guardia municipal. Los guardias de la porra estaban alrededor de una mesa, unos sentados y otros de pie, y preguntaban cosas continuamente. Mentí. Mentí e inventé entre lágrimas. Los guardias iban poniendo sellos municipales sobre mis mentiras. Le daban fuerte al tampón, con lo que cada falsedad quedaba, no sé si convertida en verdad o terriblemente aumentada, agravada monstruosamente. Ya no soy un niño que acude tembloroso al guardia de Santo Domingo para denunciar a unos lobos que han bajado de la montaña a robarle sus cromos de futbolistas. Soy un hombre con espada de madera que miente a la ley y quiere hacer la suya por las calles y los descampados de una ciudad a la que ya ama sin saberlo, en la que ha vivido y va a volver a vivir, una ciudad en la que su madre convalece con el balcón muy abierto mientras los albañiles edifican y edifican y el médico que tiene las sienas plateadas mira el termómetro al trasluz, y el viajante de comercio comenta los horarios y los retrasos de los trenes en el comedor y la señorita Felisa, bruja rebruja, va de un lado para otro con su larga bata, regando las flores de las macetas, flores que odian el sabor salado de la piel humana.

En casa de tía Asunción se comía paloma guisada y cosas así. A casa de tía Asunción iba yo una vez por semana. Cuando estaba en el comedor de la pensión, o en la cocina, comiendo, llegaba la criada de tía Asunción y me llevaba de la mano a aquel palacio de ladrillo y jardín, donde alguna vez hubo ovejas que tenían garrapatas, a aquel palacio con oficina en el primer piso y escalera encerada y hondos sillones, en uno de los cuales estaba siempre, malhumorado y bien humorado al mismo tiempo, el marido de tía Asunción, diciendo chistes y llamándome pillastre y contando que me había visto a través del balcón, cruzar la calle montado en el gasógeno de un coche. El viejo tenía un gran bigote color tabaco y había que arrimar la mesa camilla a su sillón para que pudiera comer sin moverse de allí. También se podía ir al depósito de aguas, a ver un quieto e impresionante mar encerrado entre orillas de ladrillo, un agua verde a cuyo fondo penetraba la espada rojiza del crepúsculo. Por las galerías de tía Asunción se podía perseguir a los gatos y a perros, tomar café con anís, subirse al automóvil sin puertas que había estado requisado durante la guerra, tocar la bocina, quitarle las garrapatas a las ovejas y asomarse al cielo para ver pasar un avión nacional, pues todos los aviones eran ya nacionales. En algún sitio de la casa, tía Asunción guardaba hermosas ristras de monedas de oro o de plata, según había yo oído contar. La criada me llevaba de la mano, digo, desde la cocina de mi casa al comedor de aquella especie de sitio encantado, donde yo volvía a iniciar una nueva comida. Las ristras de monedas debían ser como salchichones envueltos en papel de periódico. Los perros me lamían asquerosamente y las gatas metían sus uñas en la pasta de las empanadas, pero por la estrecha escalera del palomar se podía subir a cazar un pichón bien cebado para degollarlo blandamente y comérselo bien guisado unas horas más tarde. La escalera del palomar era como la escalera de un crimen, con su rastro de pisadas y sus gotitas de sangre. Lo que había que evitar, sobre todo, era que los perros o los gatos subieran por aquella escalera, pues entonces, adiós palomas.

El delfín de las calles puede tener un día de niño rico en el palacio encantado y, cuando ya empiezan a marearle los misterios de las alturas, los ronquidos de los perros y del marido de tía Asunción, el rumor del agua en el baño y los crujidos de los muebles, que quizá se resienten con el peso de las monedas de oro y de plata, baja por la escalera muy cuidadosamente, procurando que las sandalias no arranquen ruiditos al hule de los escalones, y se mete en la oscura oficina a emborronar papeles y golpear los tampones y llenar de sellos redondos y ovalados las blancas cuartillas, como un tirano repartiendo gracia y justicia a su capricho, despóticamente, como un reyezuelo de la

burocracia disponiendo de vidas y haciendas con su sello y su tampón de tinta violeta. Pero en la calle quedan muchos solares por edificar y la palabra Bernesga no es ya solamente el nombre de un río, sino que tiene dentro de sí todo un bosque de chopos, de álamos y una barraca que habitan húngaros, gitanos, gente rara e itinerante que no tiene nada que ver con la gente de la ciudad. El delfín ha salido al exterior, ha movido cuidadosamente la desguazada puerta de la verja y, sintiendo quizá en la nuca la mirada del viejo inmóvil en su butaca, ha huido camino de la Condesa o de Papalaguinda... El mundo son dos mundos: una pensión con calor y enfermos y, por otra parte, un palacete en sombra, con olor a jardín regado y a oficina. Entre ambos hemisferios está el mar.

El mar es la calle.

—Este niño no va a la escuela.

—Este niño se va a hacer un golfo.

—Alguien tiene que ocuparse de él.

—A su edad, otros leen de corrido.

—También él lee de corrido.

—Sí, pero sólo los tebeos.

—Y eso, porque ya se los sabe de memoria.

—Si, al menos, no se montara en los gasógenos...

—¿En los gasógenos?

—¡Se monta en los gasógenos...!

La puerta de la verja ha quedado cerrada de cualquier forma.

El niño corre a recobrar su espada.



—La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra.

—La Coruña, Vigo, Orense y...

—¡Carayu de chicu!

Pero yo había perdido la inocencia. Uno ha perdido su inocencia cuando insiste en las gracias o en las torpezas de niño sabiendo que por ellas, precisamente, es por lo que los demás le toman en cuenta.

Se pierde en inocencia y se gana en geografía. El río. Los chopos. San Marcos. Los helados de fresa o de manteca. Era la posguerra y los sellos de correos circulaban como moneda corriente, como calderilla con pegamín. “Que si puede darme un helado de quince por este sello”.

La heladera tenía su kiosco a la entrada de La Condesa. La heladera tenía cara de niña y era bondadosa. “Toma el helado y quédate con el sello”. Era un sello usado, despegado, lamentable, con su caballo y su jinete dibujados en rojo, desdibujados en rojo. Le faltaban piquitos en una esquina. Toda la larga infancia mágica y doliente, dulce y canalla, puede tener el sabor, el olor de un helado de fresa que uno se tomó una tarde, Condesa adelante, feliz y aventurero.

—No me ha querido el sello.

—Así puedes volver a por otro.

¿Cómo acudir todas las tardes con el mismo sello de quince céntimos a por un helado de fresa de los de cucurucho? Bajábamos en bandada hasta el río, caminábamos sobre el agua, éramos malignos y milagrosos.

Saltar de piedra a piedra, pisar el agua sorprendida, que se ponía en movimiento como un lagarto, bañarse en poca agua y mucha arena, con el arrugado calzoncillo al aire, combatir con piedra y espada a los chicos de la otra orilla del río. Desde el centro del Bernesga veíamos los árboles del revés, por su otro lado, que es el mejor, el más

silvestre, el menos ciudadano, y la ciudad se iba alejando con el crepúsculo y una lenta locomotora hacía maniobras en vía muerta y por el puente de San Marcos regresaban lentos labrantines con sus hatillos al hombro, a pie o en bicicleta, cantando.

—¿Le habrá subido hoy la fiebre a mamá?

—¿Cómo dices?

Era ya otro mundo.

Miro aquella espada goteante de agua, como de sangre, al regreso hacia la orilla, en penumbra ya, con miedo de los árboles, que nos esperaban en legión.

—Cuidado con las ratas.

—Hay culebras de agua.

—Y sapos.

Las tardes del río nos dejaban fatigados de pelea y de natación, de guerras y paces. Un alto frescor venía a confundirse con nuestro primer miedo nocturno, con el escalofrío del niño que se está haciendo hombre y eso le da fiebre. Más allá del puente de San Marcos, un bosque espeso y ocre, otras bandas de chicos, una gente que se entendía por silbidos. Andaban escondidos entre los troncos. Pueden pasar años y puedes un día, quizá, volver a pisar tus pasos infantiles y aventureros, con pisada ahora adulta y enamorada, cerca de una mujer, en otro verano, mas no te preguntes por el misterio aquel, por la honda aventura del bosque donde firmamos algo así como la paz con los chicos del otro lado del puente. Uno necesita fronteras, ponerse fronteras a sí mismo, y la frontera bien puede ser un viejo e histórico puente.

No basta con una espada de madera. Hay más tierras a lo largo de un río, aunque éste lleve poca agua, de las que puede conquistar el delfín de las calles, por muy numerosa que sea su pandilla. Bien, de acuerdo, se dice uno entonces; por ese lado están los de San Marcos. De ahí no se pasa. O se pasa sólo para fumar la pipa de la paz, que eran cigarrillos de anís, picantes y pestilentes, empalagosos, deshechos en humo.

—¿Y por el otro lado?

—Por el otro lado están los húngaros.

—¿Los húngaros?

—Húngaros o gitanos.

Más allá del puente de la estación acampaban los húngaros o los gitanos o lo que quiera que fuesen. Hablo de una posguerra y de Papalaguinda, tierra de nadie entonces, campo sin puertas, erial de nuestras pedreas, desierto hacia los lejanos sotos, hacia otro puente, hacia la nada.

—¿Tú te atreves con los húngaros?

—Por ahora, no.

Se posaba cada año en Papalaguinda una constelación de carrouseles, norias y tiovivos, casetas giradoras, como una galaxia ruidosa y desprendida, invasora. Era la feria. El dueño de las calles, el dueño del río entre puente y puente, puede sentir, de pronto, que nada de aquello es suyo, realmente suyo, que han llegado los conquistadores con sus caballos de verbena y sus elefantes trotones. Pero no importa. El deslumbramiento es mayor que cualquier otra cosa, y si no hay dinero para vivir toda la aventura de la feria, la pandilla toma los carrouseles por asalto al mando de una espada de madera —no se admiten sellos de correos como pago del viaje— o persigue a las niñas hechizadas en los espejos oblicuos, como princesas, como infantitas antiguas, y la audacia es una vez más remedio de la pobreza, en tanto que los altavoces hacen sonar una música que se pudre en ellos como el agua en los colectores.

Y en la ventana una niña que en el río se miraba pasen señores pasen lo nunca visto la sensación de la feria emociones nuevas precios económicos pasen y vean por poco dinero sorpresa y aventura la mujer con barba el enano gigante la muerta que habla pasen señores pasen y vean ayayayayay niña de mi corazón veinticinco céntimos el

viaje abono una peseta...

Felisín tenía sarna y le picaba. Un día me desafié con un chico y fuimos juntos hasta el punto convenido de la pelea, el patio de un colegio rodeado de verja. "Salta tú primero". Cuando él estuvo al otro lado de la verja, que era muy alta y difícil de escalar, yo, que me había rezagado en la subida volví a dejarme caer y escapé calle abajo. Felisín tenía sama y se rascaba. El tipo me llamaba cobarde a través de los barrotes de la verja. No le hubiera dado tiempo a escalarlos de nuevo y salir en mi persecución. Felisín, el pobre, tenía sama y le picaba y se rascaba, pero ya no lo puede contar. El cobarde que engaña y gana ha hecho una obra de arte de su cobardía, es de la raza de los sinuosos, puede llegar lejos. Felisín, gordito y orejudo, murió de una cosa de cabeza. Su hermano pequeño no tema sama ni le picaba nada.

—¿Y la hermana de Felisín?

—La hermana de Felisín tenía unas hermosas coletas.

La calle y la casa se disputan al niño. Son como madre y madrastra tirando de un tierno infante. Acabarán dejándole desgarrado en dos, como en el juicio salomónico que cuentan las historias. La casa le quiere listo y juicioso, con las orejas limpias y el catecismo a flor de labio.

La calle era otra cosa. La casa retiene al niño con dedos maternos, con dulces y tediosos abrazos, pero la calle tira de él, lo hace suyo, le toma y le deja, lo endurece. Si la casa gana la partida, el niño acabará en procurador o en funcionario de Banco o en hombre público de provecho y ejemplo para la sociedad, e incluso puede llegar a consejero delegado de algo o a presidente de consejo de alguna otra cosa, y quién sabe si a concejal. Pero si la calle gana la partida, el niño no llegará a nada de eso, sino que puede salir viajante de perfumes, escaparatista, inventor de diversiones nuevas, bailarín profesional, vendedor de periódicos, conductor experto de coches prestados o amigo y confidente de matrimonios mal avenidos.

—¿Y la calle tiraba fuerte?

—Ya lo creo que tiraba.

Quiero decir que, por entonces, yo llevaba el pelo todo lo largo que me daba la gana y me aplicaba en él, a modo de fijador, el jabón de la cocina, que me lo ponía rubio y duro como un casco. Todos los otros chicos acudían a tocar mi pelo con admiración.

—Qué duro, oye.

—Y qué largo.

—Parece un casco.

El casco y la espada. El delfín de las calles ha ido olvidándose de las bienaventuranzas, que eran una letanía tan hermosa, y anda por los altos de San Isidoro fumando tabaco, cigarrillos que ya no son de anís, con aquella pareja de hermanos que habían pasado la guerra en zona roja y tenían cara de hambre.

—¿En esta zona también habéis pasado hambre?

—Algo sí se ha pasado.

—¿Y de qué color era la azúcar?

—De qué color iba a ser. Azúcar moreno.

—Como nosotros.

Éramos niños criados con azúcar moreno, aunque hubiésemos pasado la guerra en distintas zonas, y esto creaba una cierta hermandad entre nuestros esqueletos. Cuando creíamos ganada la batalla de las calles, era cuando en realidad empezábamos a perderla. Los conquistadores nunca cuentan con la nieve y el frío.

—Napoleón no contó con el invierno de Rusia.

—Hitler tampoco.

El invierno y la nieve habían derrotado a Napoleón y a Hitler, e iban a derrotar al delfín con espada de madera. La ciudad tiene unos inviernos largos y claros que se pueblan de pronto con la presencia de la nieve. La nieve es una muerta que gana batallas todos

los años.

—¿Una muerta, dice?

Pero había que ir a la cola del aceite. O del carbón. O de las patatas. Hablo de una posguerra y un invierno que no pudieron impedir el crecimiento constante de aquella ciudad, su lucha contra la soledad y el piojo verde. Las colas para los abastecimientos solían hacerlas las mujeres y los niños. Los héroes de leyenda nos habíamos convertido en recaderos friolentos. Con nuestro capacho a rastras sobre la nieve de la ciudad, éramos Napoleón y los suyos regresando de Moscú.

La batalla de las calles estaba perdida. Puedo inclinarme a anudar aquellos tristes cordones de mis botas, que se rompían constantemente. Puedo inclinarme sobre el pasado y rehacerlo con nudos muy minuciosos. Entre nosotros había una chica.

—Es un marimacho.

—Pelea como los chicos.

—No hay quien pueda con ella.

Sí. La chica era un poco chicozo. Había ido desafiando a todos los de la banda —los hermanos ratoniles, los hermanos procedentes de la zona roja, Felisín y su sarna, el tipo de las pecas...— y a todos les había vencido. Por eso estaba con nosotros. Sabía luchar. Yo había evitado siempre el encuentro con ella. El delfín de las calles no puede medir sus fuerzas con una mujer. Y, si llega a hacerlo, es inconcebible que no salga victorioso. Pero había muchos días en blanco en aquellos días sin escuela. Una tarde, estábamos reunidos en el portal de costumbre, al abrigo del viento gris de la calle. La chica chicozo llevaba siempre remangadas las mangas de su jersey.

—¿Y tú y yo cuando luchamos?

Me obligó a hacerlo. Allí mismo, en el portal, en medio del círculo que formaban los pies de mis hombres: zapatillas boqueantes, botas de puntera orográfica, zapatos claudicantes. Y me venció. Sus dos rodillas aplicadas sobre mis tiernos bíceps duelen todavía, si aprieto.

—Le ha vencido la chicozo.

—Parece mentira.

—Pero tiene una espada.

La espada y el pelo enjabonado. La fuerza y la aureola. El poder y la leyenda. Un héroe vencido por una mujer es cosa de mitología. Suena a historia antigua. Tiene grandeza. Pero era otra batalla perdida.

—Él no es un cobarde.

—¿Os acordáis cómo engañó a los guardias?

—¿Y cuando robó el burro del lechero?

—Una chica no puede ser la jefa. Aunque le haya vencido.

El jefe sólo tiene que sentarse en un rincón del portal, con la espada sobre sus muslos, y dejar que cualquiera de sus hombres se le acerque a tentarle el pelo.

—Qué largo.

—Y qué duro.

La leyenda está en pie. Los frailes dan cine los domingos y entramos en grupo a la primera sesión, la de las cuatro de la tarde, que es la más barata. A la puerta del cine venden cigarros de anís. Uno puede guardárselos en el bolsillo y encender luego una cerilla, durante la película, y ponerse a fumar, allá en el alto paraíso, mientras los vaqueros se tirotean en un Oeste lluvioso. El jinete negro podía entrar por un gruta, a caballo, y salir por el otro extremo de la gruta vestido de otra forma, sin detener el galope: Hay en el cine un olor a cacahuets y a pólvora de tiroteos y los episodios se suceden hacia un beso final que el vaquero va a darle a una señorita con vestido de cuadros.

—Ya han cortado el beso.

—Y qué más da.

—Yo he pagado mi entrada.
—Eso de los besos son tonterías.
—Pues por algo lo cortarán.

Antes de que el vaquero y la señorita del traje de cuadros hubiesen llegado a estar a dos metros de distancia el uno del otro, una espantosa oscuridad caía sobre ellos, llenando la pantalla, como si se hubiese hecho de noche en todo el Oeste, repentinamente. Cuando aquella breve noche dejaba paso a un nuevo día de galopadas, había en todo el cine como un rumor de decepción.

—Lo que hace falta es que salgan indios.



El cine de los frailes nos devolvía al mundo de la violencia y la leyenda. Uno no se resigna fácilmente a la paz. El hombre necesita héroes y guerra. El cine de los frailes trabajaba a mi favor, sin que yo me diese cuenta. Era el héroe natural de aquella banda, y cuando salíamos del cine en la tarde del domingo invernal, el heroísmo del protagonista de la película iba difusamente repartido entre todos nosotros, pero a mí, sin duda, me correspondía la mejor parte.

Pronto nos echaron de aquel portal. Había que inventarse un sitio. Yo escalé la frágil tapia de ladrillo que separaba la calle del solar que queríamos explorar. El jefe tiene la obligación de ser el primero. No es una necesidad; es un rito. Cuando estaba al otro lado de la tapia e iba a ser seguido por los otros, los ladrillos cedieron y caí de espaldas al hondo barranco, con mi espada al cinto.

—¡Se ha matado!

—¡Está muy profundo!

—¡No se le ve!

Algo se había clavado en mi cabeza. No fue una caída dolorosa. Fue, más bien, como esos vuelos breves de los sueños. Me puse en pie, ajusté mi espada bajo el breve abrigo e inicié el ascenso, a gatas por la pendiente. Un grupo de peatones y todos los chicos de la banda me esperaban arriba.

—¡Tiene sangre!

—¡Se ha descalabrado!

Moje mi mano derecha en la sangre del pelo, que se mezclaba a la pasta de jabón. En algún momento debí tocar con la mano ensangrentada el puño de mi espada de madera, porque la recuerdo manchada, por primera y última vez, de rojo. Me llevaron a la Casa de Socorro:

—¡Hay que llevarle a la Casa de Socorro!

No sé si lloré en algún momento. Pero estaba extrañamente satisfecho. Había que hacerlo. Era el jefe. La casa tira de uno maternalmente y le pone bufandas en tomo al cuello, hasta la nariz. La calle tira de uno y lo descalabra. A ninguno de los míos le había pasado nada semejante, ni siquiera a la chica chicazo, de modo que mi jefatura era indiscutible. Sentía ganadas de golpe todas las batallas. Un jefe no puede andar de acá para allá haciendo colas y recados, con el saco de las patatas o el caldero del carbón. Un jefe necesita abrirse la cabeza y echar sangre para que los demás toquen y vean. En casa, mi abuela me lavó en una palangana, junto a la cama de mamá. Hubo susto y revuelos.

Alguien hizo astillas con mi espada de madera tinta en sangre.

Me cosieron la cabeza con una especie de grapa. El médico no comprende al héroe. El médico es médico porque la casa tiró más fuerte de él que la calle, cuando niño. El héroe es héroe por todo lo contrario.

—Y ni una lágrima.

—Encima, se reía.

—El jefe, la noche que se abrió la cabeza, se tocaba la sangre y se reía...

La leyenda estaba en marcha. Pero alguien había hecho astillas la espada de madera.

—Mañana nos vamos de la ciudad.

—¿Mañana?

Sí. Nos íbamos. Mamá estaba mejor o estaba peor. Pero nos íbamos.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

El sacrificio había sido inútil. De nada sirve ganar batallas si en casa deciden cambiar de domicilio, cambiar de ciudad.

Me habían cortado el pelo para lo de la grapa. El delfín perdió la espada al mismo tiempo que la aureola. Los mitos se acaban así.

—A ver, las cuatro provincias.

—Mañana nos vamos de aquí.

—Te tengo dicho que no toques las flores con las manos. El salado de la piel...

—Mañana nos vamos de aquí.

—Y las bienaventuranzas. ¿Te sabes las bienaventuranzas?

—Mañana nos vamos de aquí.

Todo estaba roto. Acabado. No volví a verles. De todos nosotros tiraba la calle. Unos seguirán en ella. Otros habrán hecho oposiciones. Felisín, el pobre, que tenía sama, se murió de una cosa de cabeza. ¿De qué había servido luchar, huir a la escuela, ganar el río, pelear por la conquista de la calle? “Que el jefe se larga”. Los héroes mueren así.

—Le han cortado el pelo casi al cero.

No hay mitos con el pelo cortado al cero.

Y ya no le dejan darse jabón para que se le ponga duro.

Salimos de madrugada hacia la estación. La calle olía hondamente a sal y a esparto. El cielo estaba revuelto. Abandonábamos una ciudad de posguerra que crecía y crecía a mi espalda, que se iba haciendo hermosa, entre la nieve, sin que yo pudiera saberlo.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.